

BLOC DE NOTAS

# Calabresi, dos velas en la noche

El periodista italiano, hijo de un comisario asesinado en los «años de plomo», profundiza en las cicatrices familiares y de las víctimas

Luis M. Alonso

El periodista **Mario Calabresi** tenía poco más de dos años, en 1972, cuando aquella mañana de mayo dispararon al comisario **Luigi Calabresi**, su padre, al disponerse a abrir la puerta de un Cinquecento azul. En su cabeza, según el mismo escribiría después, logró parcelar dos recuerdos que guardó intactos mucho tiempo, exclusivamente para él. Los sacaba con cuidado, para no estropearlos, en la oscuridad, antes de dormir, cuenta en «Salir de la noche», un libro convertido en clamor al publicarse hace ya unos cuantos años en Italia, cuya traducción al español acaba de ver la luz, y que conecta esos recuerdos familiares con los de otras víctimas durante los llamados «años de plomo». El primero de esos recuerdos es la vaga pero hermosísima sensación de un domingo, tres días antes del asesinato. El segundo es de la mañana del miércoles en que lo mataron, «nítido, detallado y preciso». La curiosidad por conocer todo lo que había sucedido condicionó más tarde la vida del periodista y escritor, exdirector de los diarios «La Stampa» y «la Repubblica».

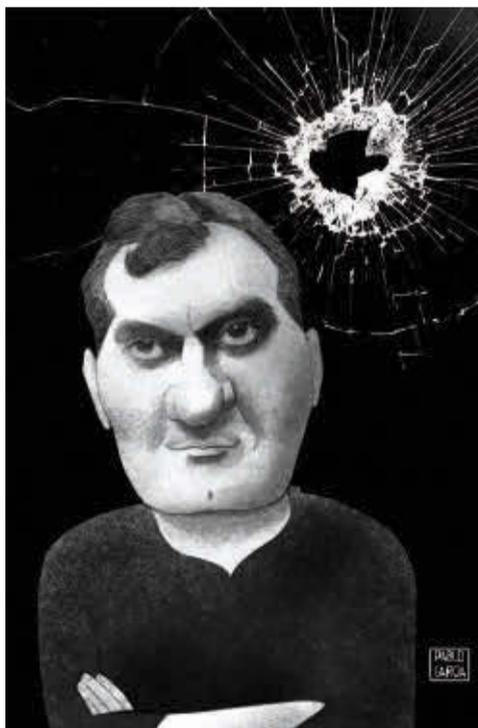
El 12 de diciembre de 1969 en la sucursal de la Banca Nazionale dell'Agricoltura, de la Piazza Fontana, en Milán, la explosión de una bomba con siete kilos de trilita había causado 17 muertos y 88 heridos. Con ese brutal ataque, atribuido a neofascistas asesorados por los servicios secretos y fundamental en la posterior fundación de las Brigadas Rojas, Italia se adentraba en uno de los túneles más negros de su reciente historia, las casi dos décadas de la llamada «estrategia de la tensión» en las que el vacío por la caótica situación político-institucional atrajo a grupos de todo el espectro político que usaron la violencia callejera y el terrorismo como armas de lucha reivindicativa. El comisario Luigi Calabresi estaba asignado al departamento de delitos políticos. En 1968 empezó

a ocuparse de las actividades subversivas y formaba parte de la investigación sobre las bombas de Piazza Fontana, cuando un año después, inmersos en ella, murió el anarquista **Giuseppe Pinelli**, al caer desde un cuarto piso mientras era interrogado, precisamente desde la ventana de la oficina de Calabresi. Jamás se supo en qué circunstancias ocurrió, pero la prensa de izquierdas y la opinión pública señalaron enseguida al comisario como responsable de lo que parecía ser un asesinato. Mientras tanto, la versión oficial era que Pinelli, un hombre de talante conciliador que mantenía buenas relaciones con Calabresi, había sentido un mareo antes de caerse.

Varios testigos aseguraron que el comisario no estaba en la oficina cuando se produjo la caída. Pinelli, detenido la misma noche del 12 de diciembre, había llegado hasta allí en un ciclomotor y permaneció tres días encerrado en una habitación, sin apenas comer y dormir, junto a otros activistas y militantes de extrema derecha y de extrema izquierda. La otra consecuencia trágica de su muerte fue: «Calabresi, asesino». Y desde entonces, en aquella atmósfera irrespirable de violencia y confusión, el comisario solo tuvo que esperar su hora. Llegaría el 17 de mayo de 1972, cuando le dispararon por la espalda y lo remataron de un tiro en la nuca.

Al final de un largo y dramático proceso que duró de 1988 a 2003, los jueces italianos consideraron verosímil la versión ofrecida por el «arrepentido», militante de la organización de extrema izquierda extraparlamentaria Lotta Continua, **Leonardo Marino**, sobre el asesinato de Calabresi. De los juicios salió una sentencia de veintidós años para tres antiguos compañeros suyos: **Ovidio Bompresì**, **Giorgio Pietrostefani** y **Adriano Sofri**. Bompresì, con graves problemas de salud, fue indultado en 2006. Pietrostefani se escondió en Francia, prófugo de la justicia. Sofri, también aquejado de salud, sufrió arresto domiciliario y en 2012 obtuvo la libertad. De todos los actos terroristas de los 70, este arroja un misterio sobre otro, empezando porque fue ejecutado por personas que vinieron de la nada y regresaron a ella sin dejar rastro. Los más acérrimos defensores de la tesis inocente, sostuvieron que Marino era un mentiroso y que los jueces le creyeron por su preconcebida hostilidad hacia Calabresi. Veinte mil páginas procesales documentan, sin embargo, otra historia: una acción que nació de las entrañas de Lotta Continua, a partir de la implacable campaña librada contra el comisario, falsamente condenado como chivo expiatorio del atentado de Piazza Fontana.

Cuando, ya adolescente, Mario Calabresi compartió con su madre los dos recuerdos de niño, se dio cuenta de que, de tanto usarlos, se estaban desgastando «como el celuloide de las películas que se ven muchas veces». Decidió entonces devolverlos al archivo para poder preservarlos mejor. Fueron en todo caso, la vela que empezó alumbrando la noche en este triste y hermoso libro sobre el dolor y las cicatrices en las víctimas, precisamente en un tiempo en que los verdugos no parecen avergonzarse de ellas.



## Salir de la noche

Mario Calabresi  
Traducción de Carlos Gumpert

Libros del Asteroide  
174 páginas, 19,95 euros

TINTA FRESCA

# En el nombre del padre

Pablo Matilla forja una poderosa historia de culpa, redención y dolor en la excelente «Barrancos»

Tino Pertierra

El fin como principio. La muerte del padre da vida a muchas preguntas. El protagonista aguarda por respuestas que cuesta arrancar al desconcierto de rendir cuentas ante un viejo odio. El perdón, la culpa, tal vez el rencor que choca contra una muralla derribada. Una habitación donde respira la muerte se encarga de hablar en nombre de la ausencia: el vacío, el vacío, el vacío que lo llena todo. Morir para abrir los ojos de los vivos. Delata, quizás, una expresión de fracaso. O un brote de crueldad que alimenta la compasión. **Pablo Matilla** (Mieres, 1986) se lanza en su novela «Barrancos» al vacío íntimo donde se puede encontrar algo parecido a un cobijo ante el desamparo de los días que duelen como una llamada telefónica torva y destemplada con alguien que forma parte de las heridas incurables.

Matilla envía a su personaje (no es extraño que no tenga un techo al que llamar hogar) a un presente que huele a pasado y allí prepara un reencuentro donde conviven los recuerdos agrios, el nacimiento que alumbró un resentimiento sin fin. No es casual que la mirada del padre se hubiera dedicado a la fotografía de prensa y que el suelo por donde pisa esté habitado por periódicos muertos, presentes que fueron hoy y siempre serán ayer.

El espíritu de la madre vive enmarcado en el pasado siempre vivo. Y entre padre e hijo gira el torno siempre en movimiento de la necesidad y el desapego. La penuria económica del hijo vacía la visita de contenido emocional y la convierte en algo parecido a una transacción comercial. Si el visitante quiere dinero, el visitado se lo dará a cambio de algo. Ambos tienen algo en común: el buen beber es una forma de mal vivir. Un vía como otra cualquiera de ahogar la desesperación. ¿Y en qué consiste el encargo? Ni más ni menos que viajar al lugar donde empezó todo, comprobar que allí donde habitan las raíces del padre aún queda algo en pie. Y, lo más importante de todo, realizar un último acto de despedida, un adiós de cenizas fotografiado con formato de retrato en llamas.

Es «Barrancos» una extraordinaria novela enfocada a dos personajes tan opuestos que están condenados a encontrarse. ¿A entenderse? El padre se convierte, de pronto, en un guía apresurado de viajes y conocimientos que el alumno aprende a regañadientes. Un hervidero de delirios, espíritus que se niegan a irse, colisiones íntimas en un escenario fantasmagórico. El dolor como engarce generacional. Matilla realiza un viaje al páramo interior de un padre que, en el fondo, es un viaje al interior del hijo. Un mismo mapa, una misma escapada que a veces bordea los barrancos de la ebriedad. El autor culebrea entre el pasado y el presente, introduce personajes sorprendentes (el camionero filósofo que circula por el caos) y conduce a este Ulises desconcertado y lleno de cicatrices a un final que tal vez sea un principio, en el que las palabras duelen y curan para construir unas páginas de cierre tan conmovedoras como valientes en las que el perdón se gana el derecho a jugar la última partida, y tal vez la game.



## Barrancos

Pablo Matilla

Témenos Edicions  
246 páginas, 17 euros